



PALABRAS QUE MATAN

LORENA PÉREZ HERNÁNDEZ [WRITER] · RAÚL CANALES [ARTIST]

AL PRINCIPIO LOS CASOS ERAN POCOS Y ESPACIADOS EN EL TIEMPO.

En enero el boletín de noticias de la radio local se hizo eco de un senderista desaparecido al oeste de la Sierra de Alcarama. Al parecer tuvo la mala suerte de caer inconsciente mientras andaba. Las temperaturas en Soria en esa época del año son gélidas y esa semana había nevado. Antes de que pudiese recuperar el conocimiento, la nieve cubrió su cuerpo y al amanecer las temperaturas bajaron, transformándola en un ataúd de hielo a su medida. Encontraron el cadáver congelado, boca arriba, con los brazos y las piernas distendidas. Sin signos de violencia.

Días después, sentado al calor de su mesa camilla, intentando no quemarse las zapatillas en el brasero mientras escuchaba la noticia, Luciano cabeceo un sutil «no» acompañado de una mueca altiva. «A quién se le ocurre andar por ahí en este tiempo», pensó en voz alta. El anciano había sido una de las últimas personas en abandonar Peñazcurna, el pueblo más cercano al lugar en el que el joven había sido encontrado. «A quién en su sano juicio...». Desde la ciudad a la que había emigrado en busca de un futuro más digno que la mera supervivencia que le ofrecía su tierra natal, Luciano miraba hacia su pasado en aquel pueblo con añoranza y no pudo esquivar el puñetazo en el estómago que le produjo ver sus montañas en la pantalla del televisor asociadas a un suceso como aquel. Para él ese paisaje era vida, no muerte. Nunca había ocurrido algo así mientras vivió en el pueblo.

El segundo caso ocurrió en primavera. Un grupo de adolescentes de excursión por el GR que recorre la sierra disfrutaban de un día fresco y soleado. Los pajarillos no paraban de revolotear por los collados y el cuco aportaba la banda sonora perfecta para un paseo por una sierra plagada de pueblos abandonados, fantasmales. Acababan de pasar por Valdemoro, donde les habían dejado entrar a algunas de las casas que todavía se mantenían en pie. Algunos habían pasado más miedo allí que en la casa del terror: los armazones desvencijados de las camas de hierro, las hojas de cuadernos rotos esparcidas por el suelo repletas de mensajes escritos en una caligrafía de otro tiempo, los pupitres caídos en el suelo de la escuela, telarañas por las esquinas, el silbido del viento colándose por el hueco que quedó cuando alguien arrancó las ventanas, los murciélagos que a veces salían de los pisos superiores y bajaban volando por las escaleras al oír el estrépito de tantos pies jóvenes y enérgicos entrando como un ejército de zombis en un cementerio... Los más inteligentes, los más sensibles, podían percibir incluso el peso del silencio en algunas habitaciones. Ese silencio oprimiente que llena todo cuando los que habitaban una casa y le daban sentido desaparecen.

Habían salido de Valdemoro haciéndose bromas los unos a los otros. Un chico se acercó a su amigo por detrás sigilosamente y le sopló en la nuca simulando ser un espíritu. El otro se volvió y le dio un empujón. «No seas idiota, tío. Si estabas tú más acojonado que yo. Por poco te da un infarto cuando has visto al ratón salir de detrás de la puerta...».



LUCIANO MIRABA HACIA SU PASADO EN AQUEL PUEBLO CON AÑORANZA Y NO PUDO ESQUIVAR EL PUÑETAZO EN EL ESTÓMAGO...

Era hora de almorzar, así que los profesores dieron la orden de sentarse en un pequeño cerro que daba vistas a todo el valle. Era el lugar perfecto para comerse el bocadillo. Cuando sintió un picotazo en la espalda, se volvió de nuevo hacia su compañero, esta vez con intención de darle una buena hostia por pesado. Pero al hacerlo se dio cuenta de que él tenía el mismo problema. De hecho, se estaba retorciendo de dolor y haciendo contorsiones para llegar con el brazo al lugar de su espalda donde había recibido el picotazo. Se giró entonces para buscar al profesor y pedirle ayuda, pero solo pudo ver cómo este se tiraba al suelo en un intento vano de zafarse de las abejas que le atacaban. En unos segundos un zumbido ensordecedor envolvió al grupo. No podía ver el sol. La nube de abejas los encerró en una noche artificial en la que solo podían chillar, pero ni siquiera llegaban a oír sus propios gritos. Mientras luchaba por quitarse las abejas de encima, veía cómo sus compañeros iban rindiéndose, cayendo al suelo y, tras varios espasmos, quedando inertes, con los ojos abiertos y las caras hinchadas por los picotazos, irreconocibles. Él también se rindió. Era inútil luchar.

Esta vez fue Aurora la que cabeceó despectivamente y miró a su marido que estaba haciendo barquitos con el pan en el café del desayuno. «Tarde o temprano iba a pasar, ¿no? Era solo cuestión de tiempo». Luciano la miró impasible, con la parsimonia de quien ve el mundo desde la atalaya de la experiencia y con una sonrisa socarrona al oír al periodista explicar el suceso como algo altamente improbable. «Los chicos tuvieron la mala suerte de cruzarse en el camino de una colmena», continuaba relatando el joven, mientras la pareja de ancianos se miraba mutuamente como si fueran los dos últimos habitantes de un planeta a punto de implosionar. Cada uno veía en la mirada del otro la explicación de lo que estaba pasando y de lo que todavía podría ocurrir. Pero ya no podían hacer nada.

Los acontecimientos comenzaron a sucederse con más frecuencia. Primero cada mes, después cada semana. Uno de los casos llegó a la prensa internacional. Se trataba de una pareja que disfrutaba su luna de miel recorriendo la ruta ciclista del «Anillo de Tierra» que atraviesa los pueblos de Tierras Altas en aquella sierra. El itinerario bajo quejigos, olivos, encinas y fresnos, aromatizado por madre selvas, olivastros y lecherosos, era cada vez más popular entre las parejas, que encontraban allí rincones mágicos donde *ribacear* y disfrutar de intimidad.

En algún momento se despistaron y se salieron del camino señalizado. Al principio fue divertido, una suerte de aventura que incrementaba aún más el romanticismo del viaje. Cuando vieron que el sol empezaba a caer cambiaron progresivamente de ánimo y adoptaron el modo supervivencia. Desde un alto dieron vista a un pueblecillo en ruinas. Desde allí arriba parecía como si alguien hubiese arrojado un montón de piedras valle abajo y hubiesen caído todas juntas formando extrañas estructuras. Decidieron bajar y refugiarse en una de las casas que aún se mantenía en pie e incluso tenía un balcón dando vistas al barranco del río Linares. No sabían qué pueblo era. Pero cuando la prensa internacional relató la noticia y Luciano y Aurora la escucharon no tuvieron ninguna duda de que se trataba de Peñazurna, la aldea donde habían vivido los primeros años de su vida en común. Tampoco les extrañó el relato que hizo la chica, única superviviente, cuando logró llegar al cabo de tres días a Valdeperillo, el pueblo habitado más cercano. Durante la noche habían salido al balcón a ver las estrellas. La oscuridad era absoluta. Él dijo algo y ella respondió, pero entonces comenzaron a oír sus propias voces repetidas en una progresión infinita. Parecían rebotar en algún sitio y volvían hasta ellos cada vez más fuertes, más hirientes. Pensaron que sería el eco de las montañas, pero al cabo de un rato, el sonido seguía aumentando. Era insoportable. Se taparon los oídos primero, luego intentaron cerrar la ventana desvencijada y tapar las ranuras con sus jerséis. Era mejor pasar frío que seguir escuchando ese ruido atávico, embrutecido, duro, infinito... Al amanecer, él no estaba a su lado. Ella vio la ventana abierta de par en par y los jerséis en el suelo. Se asomó al balcón complacida por el silencio y el murmullo del río. No pudo evitar una arcada cuando vislumbró el cuerpo de su marido envuelto en un charco de sangre al fondo del barranco. Se le escapó un grito de angustia casi imperceptible, pero enseguida volvió a ella doblado, triplicado... Sintió la muerte cerca, tan cerca como el sonido que cada vez la envolvía con más fuerza y salió corriendo por las escaleras con una sola idea en la cabeza: huir. Ya lejos de allí, cuando se sintió segura, pudo volver la vista atrás. Todo parecía en calma: el pueblo, el barranco y al otro lado una hermosa peña, una roca casi vertical que parecía la guardiana de aquella aldea. Con el tiempo llegó a pensar que aquel sonido que logró enloquecerlos había sido producto de sus imaginaciones al estar allí solos y aislados.





...QUE LE PRODUJO VER SUS MONTAÑAS EN LA PANTALLA DEL TELEVISOR ASOCIADAS A UN SUCESO COMO AQUEL.

La zona cayó en desgracia. Las rutas turísticas fueron desapareciendo. Ninguna de esas tres muertes, ni otras muchas que se sucedieron en los siguientes meses, eran de por sí inexplicables. Todas podían ser achacables a causas naturales, accidentes propios de urbanitas que se habían adentrado en un territorio que no era el suyo. Pero al mismo tiempo, la acumulación de casos suponía una anomalía estadística que era difícil de aceptar como mero producto de la casualidad. Nadie más se aventuró a pasear por Tierras Altas.

Luciano y Aurora murieron. Solo ellos eran capaces de entender el patrón que conectaba todos esos casos, pero hubiese sido tan complicado explicárselo a alguien... Tampoco estaban seguros de poder explicarlo. Simplemente lo sabían. En sus mentes todo encajaba. Todo tenía sentido.

Los últimos meses de su vida, Luciano los pasó obsesionado con los mapas de su tierra. Les pidió a sus hijas que le fotocopiasen un plano de Tierras Altas en tamaño A3. Ninguna de ellas le prestó atención. Estaban demasiado ocupadas con sus propios presentes para interesarse por el pasado de sus padres.

Al cabo de los años, cuando decidieron vender la casa familiar y comenzaron a hacer limpieza, encontraron los mapas. Inevitablemente la edad despierta la curiosidad por el pasado, así que los desplegaron encima de la mesa camilla, mientras eran ellas ahora quienes tenían cuidado de no quemar sus zapatillas en el brasero. En el margen del mapa su padre había apuntado numeradas las fechas de todos los sucesos ocurridos en Tierras Altas y la forma en que habían muerto los implicados. En el mapa había puesto cada número en el lugar donde había ocurrido el suceso y junto a este el nombre de ese lugar: 1. Umbría Negra, 2. Cerro de las Abejerías, 3. Peña del Espejo...

Los nombres hablaban por sí solos. Sus resonancias semánticas explicaban los hechos sin necesidad de pensar demasiado. Recordaron entonces haberlos oído en su infancia en boca de sus padres, las dos últimas personas que habitaron esos pueblos. Junto a todos esos nombres en rojo, había otros en verde: Barranco Valoria, Pinar de Valviano, Fuente Marina...

Fueron a confirmar la existencia de estos lugares a Google Maps, a los mapas oficiales del SIGPAC y a otras fuentes, pero no los encontraron. Solo aparecían los nombres de los dos pueblos: Peñazcurna y Valdemoro. Nada más. Entre esos dos nombres no había nada, solo una masa verde homogénea acuchillada a tramos irregulares por líneas que representaban arroyos, cerros y barrancos totalmente anónimos.

La hija pequeña era lingüista. Llevaba tiempo investigando sobre las conexiones entre el lenguaje y la realidad, leyendo a autores como Lera Boroditsky, Charles Fillmore, Edward Sapir, Benjamin Whorf o Eleanor Rosch. Lingüistas, psicolingüistas, antropólogos y etnógrafos cuyas investigaciones muestran que las palabras son lentes a través de las cuales vemos y pensamos el mundo. Recordó que el significado de las palabras es mucho más que una definición en un diccionario. El significado es conocimiento organizado sobre el mundo y ese conocimiento funciona como un filtro que influye en nuestra percepción de la realidad e incluso en nuestra toma de decisiones. Se quedó mirando el mapa, absorta. Su hermana le preguntó qué estaba pensando. «¿No lo ves? —dijo—. Ellos lo sabían. Sabían por qué pasaban esas cosas, estos accidentes que nunca ocurrieron cuando aquellos pueblos estaban habitados. Son las palabras. Los nombres».

Su hermana la miró extrañada. «¿Las palabras? ¿Las palabras matan?», preguntó.

«Las palabras no matan, no. Pero tampoco son solo sonidos en aire o letras en una página. Las palabras encierran significados y esos significados son pedacitos de conocimiento del mundo. Cuando las palabras desaparecen, ese saber también se pierde, pero no así la realidad que nombraban. Esa realidad sigue existiendo. Sin embargo, sin las lentes del lenguaje es ya invisible para nosotros. No la vemos, aunque sigue ahí, tanto ella como sus peligros. Nuestros padres fueron los últimos en nombrar la Umbría Negra, el cerro de las Abejerías o la Peña del Espejo y también fueron los últimos en conocer los peligros de los que avisan esos topónimos. Al dejar de ser nombrados todos esos sitios, tanto los peligrosos, como los que están en verde y nombran lugares que alguna vez fueron especiales para alguien por alguna razón que ahora ya desconocemos..., al dejar de ser nombrados... solo queda un vacío en el mapa y un mundo olvidado sobre el terreno. Y el vacío y el olvido solo significan una cosa...

...LA MUERTE».